

MISIONEROS Y GRAMÁTICOS

TRADICIÓN CLÁSICA Y MODERNIDAD MESOAMERICANA*

Ascensión Hernández de León-Portilla
Instituto de Investigaciones Filológicas.
Universidad Nacional Autónoma de México.

En su viaje al oriente en pos de las Molucas, Cristóbal Colón se hizo acompañar de Luis de Torres, conocedor del “hebraico, caldeo y un poco de árabe” según cuenta El famoso navegante en su *Diario*. Él y sus acompañantes esperaban encontrar hablantes o, al menos intérpretes, de alguna de estas lenguas, tal y como les pasó a los grandes viajeros de la Edad Media, Juan de Carpini (1182-1252) y Guillermo de Rubruck (1215-1270), en sus famosos viajes a Karakorum, la capital del Imperio mongol. La razón era clara; el hebreo y el árabe eran las lenguas que abrían el oriente a la cristiandad y, además, cualquier nuevo hombre que encontraran debería descender de las tribus perdidas de Israel, según la tesis hebraísta tan en boga en el Renacimiento.

Pero las previsiones fallaron y los navegantes que llegaron a las Lucayas tuvieron que usar el lenguaje de los signos. Los que llegaron después de Colón fueron encontrando más y más lenguas, una verdadera Babel. Los cronistas del siglo XVI a menudo se sorprenden ante esta realidad inesperada que sobrepasaba los límites de lo imaginable. Hoy se calcula que el

* Este trabajo fue publicado en *Catálogo de la Exposición Paradigmas de la palabra. Las gramáticas indígenas de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Medellín, Colombia. Madrid. Sociedad Estatal para la Acción Cultural Exterior, SEACEX, 2006, pp. 37-58. Reeditado en México en 2007.

continente americano posee el 15% de las lenguas del mundo, unas 949, sin que se pueda saber el número exacto, ya que algunas de ellas pueden ser simplemente variantes, es decir dialectos (Grimes, 1992, p. 930).

Para fortuna de los que llegaron, en las nuevas tierras existían imperios y lenguas generales que permitían la comunicación en extensas zonas. De éstas las más habladas eran el náhuatl o mexicano, el quechua y el tupí-guaraní. El náhuatl era la lengua del Imperio de los mexicas perteneciente a un gran tronco lingüístico llamado yutonahua o yutoazteca que se extendía desde Utah, en los Estados Unidos hasta la península de Nicoya en Costa Rica. El quechua, del extenso tronco andino, era la lengua del Imperio de los incas y se hablaba desde el sur de Colombia hasta el norte de Argentina y Chile. Entre ellas se interponía un grupo de pueblos que tenía como lengua general el chibcha. Puede decirse que estas tres lenguas, afincadas en los Andes, eran como ellos, una columna vertebral en el universo lingüístico americano. Por último, en la inmensidad de la selva amazónica, babel en la babel americana, el tupí-guaraní, del tronco ecuatorial, se abría camino a lo largo del gran río y de la costa de Brasil hasta Paraguay.

A la llegada de los españoles el náhuatl llamado también mexicano o azteca, era la lengua general de lo que hoy se llama Mesoamérica, un dilatado espacio geográfico que hunde sus raíces como unidad cultural en el segundo milenio a. C. En este espacio, a lo largo de 3, 000 años, vivieron muchos pueblos creadores de entidades políticas en una sucesión diacrónica que los

arqueólogos agrupan en preclásico, clásico y postclásico. Los últimos en llegar a este espacio fueron los pueblos nahuas, provenientes del norte, quienes se hicieron presentes en Teotihuacán, a finales del clásico. Su lengua se hizo general entre las generales y entre otras muchas minoritarias pertenecientes a 14 troncos lingüísticos (Suárez, 1995, *passim*). Como otras lenguas del mundo, las mesoamericanas cuentan con infinidad de estudios cuyo origen se remonta al siglo XVI cuando un puñado de misioneros decidieron romper la babel americana para mejor evangelizar y extender la Cristiandad y comenzaron a ponerlas “debajo de arte”.

Las razones y las obras. Utopía de la fe, utopía de las lenguas.

Los que llegaron en las primeras barcadas, quizá nunca imaginaron el universo lingüístico americano, inmenso, intrincado, inabarcable. Pero una vez aquí no dudaron en adentrarse en él y compartieron su mística de la fe con una mística nueva: la de las lenguas. Aunque pronto hubo intérpretes, su figura no llenaba los requisitos para la evangelización. El franciscano Alonso de Molina (1510-1579), lo dice con una bella metáfora en el “Prólogo” a su *Vocabulario en la lengua castellana y mexicana* de 1555: “aunque el agua sea limpia y clara, los arcaduces por donde passa la hazen turbia”. Molina refuerza esta idea con las enseñanzas de San Pablo; “que los frailes aprendan la lengua como propia, que la hablen y la escriban sin traducir [...] porque la fee se alcanza oyendo y la palabra de Dios se ha de predicar en la lengua,

porque de otra manera, el que habla será tenido por bárbaro”. En suma, las gramáticas mesoamericanas respondieron a una razón práctica, la de evangelizar. Pero también a una razón trascendente: la de restablecer el “lenguaje uno”, en palabras de Molina en su citado “Prólogo”; la de hacer posible la comunicación humana perdida por el castigo de la confusión de lenguas que siguió al pecado de la soberbia al construir la torre de Babel.

La Evangelización se perfiló como el intento de reconstruir con los recién conversos la cristiandad primitiva y esta empresa tocó pie firme cuando en 1521, el imperio que asombró a los europeos, pasaba a ser parte de la cristiandad. Entonces Cortés pidió a Carlos V que enviara franciscanos, petición que el Emperador transmitió a su confesor, Juan Clapión. En 1523 llegaron los tres flamencos salidos de San Francisco de Gante: fray Juan de Ayora (Johan van Auwera), fray Juan de Tecto (Johan Dekkers) y fray Pedro de Gante (c. 1480-1572). Los tres abren escuela en Tezcoco y México y aprenden la lengua mexicana según cuenta fray Gerónimo de Mendieta en su *Historia Eclesiástica Indiana* (Libro V, caps. 17 y 18).

Cuando un año después en 1524 llegaron los famosos *Doce* frailes de San Francisco enviados por el Emperador y el papa Adriano de Utrecht (1459-1523), “viendo que aún los templos de los ídolos estaban en pie”, preguntaron a los tres flamencos “qué era lo que hacían y en qué entendían”. La respuesta de Tecto fue contundente, según cuenta Mendieta en su citada obra (Libro V, cap. 17):

Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín, llamando teología a la lengua de los indios y dándoles a entender el provecho grande que de saber la lengua de los naturales se había de sacar.

¿Cuál era esta teología? Mendieta la identifica como la lengua de los indios. Podríamos decir que era un saber diferente al de la filosofía escolástica; un saber acerca de los otros, de la lengua y el pensamiento de unos hombres que no pertenecían a la cristiandad. En este saber no eran suficientes los conceptos de la teoría del conocimiento aristotélica ni las ideas agustinianas sobre el tiempo, la duda existencial y el conocerse a sí mismo. ¿Cómo interpretar aquella famosa frase de *Las confesiones* “no salgas de ti mismo, vuelve a ti; en el interior del hombre habita la verdad?” Quizá para Tecto y sus compañeros la frase adquiriría su pleno sentido si se leía también al revés: sal de ti mismo, déjate ir. En el interior del otro habita un alma que haya que conocer.

Tecto no pudo poner en práctica la teología que él mismo intuyó. Pero su paisano fray Pedro de Gante y los *Doce* que le siguieron no tardaron en darse a ella: aprendieron lenguas y se introdujeron en el alma de los otros. Pero la adquisición de las lenguas no fue fácil. Cuenta Mendieta (Libro III, cap. 17), que los *Doce*, desconsolados por no poder enseñar las oraciones, se reunieron y rogaron al Señor que les diera lumbre. El Espíritu Santo les inspiró que: “con los niños que tenían en las escuelas se hicieran niños para

participar en su lengua” y oyendo el vocablo, lo escribían”. De esta manera elaboraron los primeros glosarios y las primeras reglas gramaticales que les llevó al conocimiento de las lenguas y de la plena Evangelización.

La construcción de un nuevo saber lingüístico

La primera y primordial tarea de los *Doce* fue la de crear una red de escuelas en comunidades donde desde antes de la conquista existían casas de enseñanza llamadas *calmécac* en mexicano. Pronto se logró en México, Tezcoco, Tlaxcala, Huexotzinco y Cuernavaca. La red se fue ampliando conforme llegaban nuevas barcadas de franciscanos y para 1531, la Orden de los Menores se había expandido hacia el occidente entre las comunidades de habla tarasca y por el oriente hasta Pánuco, en el Golfo de México. Por el sur hasta Yucatán y Guatemala. Los dominicos, llegados en 1526, pronto se asentaron entre varias etnias de Oaxaca, Chiapas y Guatemala y los agustinos, desembarcados en 1532, incursionaron entre otros pueblos y lenguas como otomíes, matlatzincas y huastecos (Ricard, 1947, pp. 157-173 La expansión misionera culminó con los jesuitas quienes llegados en 1572, orientaron su actividad hacia el noroeste entre los pueblos yutonahuas que poblaban la Sierra Madre Occidental.

La escuela anexa al convento funcionó como una unidad de aprendizaje donde los maestros eran también discípulos de sus alumnos. En pocos años, para 1531, se dice en un documento, “que los relygiosos han

trabajado de aprender la lengua de la tierra y han fecho arte en ella, interpretan el sentir de los indios y esto trae mucho provecho a Dios” (Morales, 1993, pp. 53-81). Desde muy temprano, el corazón de la Nueva España se convirtió en un foco vanguardista en la elaboración de obras lingüísticas a tal grado que a finales del siglo XVI, un buen número de lenguas mesoamericanas estaban reducidas a artes y contaban con vocabularios. En estas primeras codificaciones se logró plasmar un saber comunitario de frailes y escolares, informantes y gentes conocedoras de la tradición oral. Si, “toda lengua” decía Edward Sapir (18843-1939), “es en sí misma un arte colectivo de la expresión” (*El lenguaje*, 1954 p. 254), la construcción del saber gramatical fue también arte colectivo de los misioneros y de los propios hablantes quienes aportaron el conocimiento elegante de su lengua y la energía creadora de la oralidad. Además, desde muy pronto empezaron a surgir textos escritos de contenido religioso, histórico y literario y asimismo vocabularios, a menudo elaborados junto con las gramáticas. Resulta pues que la construcción del saber lingüístico se sustentó en un conocimiento de las lenguas muy completo, en el cual contaba mucho una incipiente infraestructura filológica y lexicográfica (Hernández de León-Portilla, 1996, pp. 351-387).

Cada gramática se redactó desde una perspectiva propia y con una finalidad concreta. En cada una, como veremos, se trató de reflejar el orden gramatical y también la singularidad intrínseca de la lengua. Estos factores

les confieren originalidad fuerza creadora, aunque todas se inspiran en las *Introducciones latinae*, Salamanca, 1482, de Elio Antonio de Nebrija (c. 1492-1522). También se inspiran unas en otras como si la doctrina gramatical que en ellas se construye fuera una cascada que se alimenta con los arroyos de agua que encuentra en el camino. En cada una, además se va generando una terminología propia que se enriquece más y más. En verdad, son muchas y de muchas lenguas las gramáticas que hoy podemos consultar impresas y en este ensayo sólo se pretende mostrar el arranque y consolidación del arte de gramatizar que un grupo de religiosos humanistas realizó con las lenguas vernáculas de Mesoamérica (Contreras, 1986, 2 vols.).

Gramáticas en cascada. La tradición franciscana

Llegados a este punto, ¿puede hablarse de una escuela franciscana en la génesis de la construcción del nuevo saber lingüístico mesoamericano? Como veremos, al menos puede hablarse de una tradición, dentro del rico contexto de gramatización que se vivió en la Nueva España. La tradición descansa no sólo en el hecho de que los franciscanos fueron los primeros en poner en arte varias lenguas, sino también en el de conferir a sus tratados nuevas estructuras y nueva doctrina gramatical para explicitar la naturaleza propia de las lenguas vernáculas ya que las que las categorías grecolatinas no siempre eran adecuadas. En esta empresa mucho ayudó la cultura humanística, que se manifestó en una gran apertura de pensamiento para

adentrarse en las nuevas culturas americanas. Tras ellos, dominicos, agustinos y jesuitas crearon también sus propias tradiciones gramaticales.

Esta apertura de pensamiento cristalizó en la fundación del Colegio Imperial de Santa Cruz de Tlatelolco, esencial en el conocimiento de la lengua náhuatl, donde se formaron colegiales trilingües -de latín náhuatl y español- y donde se creó una biblioteca en la que abundaban los clásicos. En un inventario de 1572 del propio Colegio se cuentan cuatro Artes (*Introductiones*) de Nebrija, mas dos *Vocabularios* del propio Antonio, tres “Despauterios de latinidad”, un Quintiliano, un *Catolicón* y dos *Calepinos* (*Códice Mendieta*, v. II, pp. 255-256). Sabemos también que contaban con la obra de Francisco de Vergara, *De graecae lingva grammatica*, Alcalá 1537 y con la del belga Nicolaus Clenardvs, (Nicolás Cleynaerts, 1495-1542) *Tabvla in grammaticen hebraeam*, Paris, 1559. (Mathes, p. 52 y 58).

Con estas herramientas el burgalés Andrés de Olmos (c. 1485-1571), logró, en 1547, elaborar el *Arte de la lengua mexicana*, la primera gramática de una lengua vernácula del Nuevo Mundo. Al decir de Mendieta, Olmos tenía don de lenguas- aprendió también huasteco y totonaco- dos lenguas generales de la región del Golfo de México. Su gramática marca el comienzo de la tradición franciscana y puede decirse que también novohispana e incluso americana (la referencia completa de cada gramática puede verse en la Bibliografía general del Catálogo).

Es evidente que de Nebrija toma el modelo, la inspiración y así lo hace saber al principio de su Arte: “no seré reprehensible si en todo no siguiere el Arte de Antonio”; pero construye el nuevo saber lingüístico con muchas innovaciones, que simplificando podemos resumir en dos: una nueva traza y una nueva forma de percibir el orden gramatical basado en la articulación de las palabras propia del náhuatl. La nueva traza consiste en distribuir el contenido gramatical en tres libros: en el primero describe el pronombre, nombre y adjetivo en sí mismos, y en composición con otras palabras; en el segundo se ocupa de la conjugación, pues “en todas las lenguas en los verbos consiste toda la armadura del bien hablar”; el tercero trata de las palabras indeclinables, ortografía y maneras de hablar. En esta nueva traza acomoda las 4 partes de la gramática grecolatina: prosodia, etimología o morfología, sintaxis y ortografía, de manera que los cinco libros de las *Introductiones* de Nebrija, quedan reducidos a tres.

La otra gran innovación es la forma de codificar el orden gramatical basado en la articulación de las palabras entre sí mediante la composición. Desecha las declinaciones latinas y describe el funcionamiento del nombre y del pronombre compuestos entre sí y con verbos y partículas; al hablar del verbo reconoce su carácter versátil para formar derivaciones así como verbos especiales -causativos y reverenciales- Sobre el verbo ofrece mucha materia ya que dice, “tiene más dificultad, porque en la lengua latina no se hallan partículas así incorporadas o juntas con el verbo”. Por vez primera aparece el

concepto de incorporación aplicado al funcionamiento de una lengua. La incorporación implica un proceso en el que las palabras, al relacionarse en la oración, se aglutinan sufriendo cambios morfofonémicos. Siglos después, este rasgo estructural consignado en esta y otras gramáticas americanas, serviría para que Guillermo de Humboldt (1767-1833), identificara un tipo de lenguas dentro de las aglutinantes, a las que llamó incorporantes. Olmos lo tuvo presente como parte de la construcción de su orden gramatical a tal grado que no habla de sintaxis ni de construcción sino de composición que hoy pensaríamos como morfosintaxis *avant la lettre*. En fin, estas y otras innovaciones que no pueden señalarse en este breve ensayo, abrieron camino a sus hermanos de orden que aprendieron otras lenguas mesoamericanas (Hernández de León-Portilla, 2003, 1-44).

En primer lugar a fray Alonso de Molina (1510-1579), quien llegó niño a la Nueva España y aprendió el náhuatl jugando con otros niños. Desde chico fue intérprete de la Orden y después tomó el hábito franciscano. Publicó los primeros libros religiosos en náhuatl y en 1555 el primer *Vocabulario* de una lengua del Nuevo Mundo, ampliado en 1571 con una parte mexicana-castellana. Ese mismo año imprimía el *Arte de la lengua mexicana y castellana*, la primera que se publicaba del náhuatl. La traza en dos partes para facilitar el aprendizaje de la materia gramatical, pero el contenido incluye las cuatro partes de la gramática clásica ya citadas. En la primera parte, más amplia, describe las ocho partes de la oración siguiendo de cerca

el orden y las definiciones del famoso gramático latino Elio Donato (s. IV d. C.). Como Olmos, al hacer el análisis morfológico de la lengua, introduce el proceso de incorporación que lleva finalmente a la composición de la frase. En la segunda parte se ocupa de las “dicciones dificultosas de la lengua”. En ella ahonda en muchos aspectos de morfosintaxis y en el “phrasis” del náhuatl. Cabe recordar también que se ayuda de la gramática hebrea para explicar ciertos rasgos de la lengua, como algunos fonemas y el valor de las partículas a las que compara con las “sílabas serviles”. En suma Molina consolida la incipiente tradición franciscana de armonizar la morfología y sintaxis grecolatina con respuestas innovadoras en el análisis gramatical.

Más allá de la lengua náhuatl la propuesta gramatical de Olmos tuvo eco entre los franciscanos que evangelizaban en el reino de Michoacán, en la parte occidental de México. En su capital, Tzintzuntzan, levantaron convento y escuela y aprendieron tarasco o purépecha, que era lengua general. Uno de ellos, el francés Maturino Gilberti (1498-1585), la aprendió a la perfección. En dos años, 1558 y 1559, lograba imprimir cuatro libros en tarasco y una gramática en latín para los estudiantes del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco. En 1558 se publicaba su *Arte de la lengua de Michuacan*, primera gramática impresa de una lengua del Nuevo Mundo y un año después el *Bocabulario en lengua de Mechuacan*, el primero bidireccional.

Gilberti sigue la traza tripartita de Olmos con modificaciones adaptadas al tarasco, lengua solitaria en el contexto mesoamericano que los

lingüistas relacionan con el quechua. Simplificando puede decirse que su *Arte* ahonda en materia fonológica y deja clara la morfología, la composición y el *modus dicendi*. Su tarea fue continuada por su hermano de Orden Ioan Baptista Bravo de Lagunas, nacido ya en la Nueva España (m. 1604). Lagunas publicó en 1574 un *Arte y diccionario: con otras obras en lengua michuacana*. Sigue también el modelo tripartito de Olmos con sus propias aportaciones en materia de fonología, morfología y composición. Añade, además un “Diccionario” en el que explica la derivación y composición de cada palabra y termina con una “Instrucción” para rezar y confesar.

Ahora bien, en la región central de México, además del náhuatl y tarasco, corría otra lengua general, el otomí o hñahñú, perteneciente al viejo y extenso tronco otomangue, verdadero sustrato lingüístico mesoamericano. Como todas las lenguas de este tronco, el otomí posee fonemas nasales y tonales, peculiaridades que suponen un reto para los que vienen de lenguas indoeuropeas. Desde fecha temprana, los franciscanos empezaron a estudiarla y dos de ellos, conocedores del náhuatl, la redujeron a arte y vocabulario: Alonso Urbano (1522-1608) y Pedro de Cáceres (1510-c. 1582). Hacia 1571, Urbano terminó un *Arte de la lengua otomí y vocabulario trilingüe*. Aunque el *Arte* está pensado como introducción al *Vocabulario*, en él se señalan las peculiaridades fonéticas de la lengua y la naturaleza de los verbos y partículas. El *Arte de la lengua otomí*, de Pedro de Cáceres terminado en 1580, es bastante extenso. Siguiendo la tradición franciscana considera al

nombre indeclinable, dedica muchas páginas al artificio verbal y deja clara la naturaleza derivativa de la lengua y la riqueza del mundo de las partículas. Sus “apuntamientos sobre la lengua otomí” nos abren a una lengua singular llena de fonemas nasales, guturales, saltillo, aspiración, vocales largas y tonos con sus signos diacríticos, muy acertada, según los lingüistas modernos (Zimmermann, 1997:118 y Lastra, 2000: 103). En suma, Urbano y Cáceres enriquecieron la tradición franciscana construyendo un saber gramatical acerca de una lengua que aún hoy ofrece secretos fonéticos a los que en ella quieren penetrar.

Pero, antes de terminar el siglo XVI el caudal de conocimientos lingüísticos generados por los franciscanos abarcó otras lenguas lejanas a las habladas en el corazón de la Nueva España, entre ellas las mayenses, del sur de Mesoamérica. Como las otomangues estas lenguas existían ya desde el II milenio a. C. en Yucatán, el Petén y las tierras altas de Guatemala. En la época clásica los hablantes de algunas de ellas crearon un sistema de escritura silábica que hoy podemos leer en piedra, barro y papel.

La memoria de esta civilización estaba viva en el siglo XVI y ello favoreció que muy pronto los franciscanos y dominicos fundaran conventos y escuelas en Yucatán, Chiapas y Guatemala. Concretamente las crónicas señalan a los franciscanos Luis de Villalpando (m. 1552) y Diego de Landa (1524-1579), como a los primeros que aprendieron la lengua maya yucateca, con la ayuda de Gaspar Antonio Chi, (c. 1520-1579), de noble linaje. Los tres

abrieron la senda a fray Antonio de Ciudad Real (1551-1617), quien llegó a Yucatán en 1573 y dedicó 40 años a redactar un magno vocabulario bidireccional, el *Diccionario de Motul maya-español*. Ciudad Real enseñó la lengua a su hermano de orden, Juan Coronel (1569-1651), autor del *Arte de la lengua maya*, publicado en 1620, breve, y como el de Olmos, con el pronombre en primer lugar. En realidad, el eje de la gramática lo constituye el verbo, con su diátesis propia y como estructura compuesta con otras partes de la oración. Coronel construyó los cimientos de un saber que consolidó su hermano de orden Gabriel de San Buenaventura en su *Arte de la lengua maya*, 1648, saber que acrecentó después Pedro Beltrán de Santa Rosa en su *Arte del idioma maya*, 1746.

En las tierras altas de Guatemala, en el siglo XVI, se hablaban tres lenguas hermanas, quiché, cakchiquel y zutuhil. También los franciscanos llegaron a ellas: Francisco de la Parra (m. 1560) y Pedro de Betanzos (m. 1570) son citados en las crónicas como autores de gramáticas y vocabularios. De la Parra incluso modificó el alfabeto latino e ideó tres signos para representar fonemas del quiché a los que llamó tresillo, 3, cuatrillo, 4, y cuatrillo sibilante, 4 , , . Ellos pusieron la primera piedra en la construcción de un saber gramatical que consolidó el también franciscano Bartolomé de Anleo (c. 1630-1694), autor de un *Arte en la lengua 4iché*, 2001. Anleo sigue el modelo clásico -pronunciación y morfología principalmente- pero deja claro que no hay “variación de caso”. Concede mucha importancia al verbo y a su

naturaleza versátil con ayuda de partículas. Como Molina, termina su obra explayándose en los diversos modos de contar según la naturaleza de las cosas, siempre de veinte en veinte.

Por último, el impulso franciscano de aprender lenguas, fructificó en la codificación de la lengua pocomchí, hablada en la Verapaz, gracias a dos franciscanos, Dionisio de Zúñiga (c. 1580-1636) y Pedro Morán (1685-1740), autores del *Arte breve y vocabularios de la lengua po3om*, 1991. Ellos también rompen con las declinaciones, privilegian el paradigma verbal y terminan con la cuenta de los numerales muy bien explicada. Obras como éstas nos enseñan lo que fue la empresa misionera, en cierto modo inacabable, como lo era el número de lenguas mesoamericanas.

En suma, la tradición franciscana es mucho más de lo que en este breve ensayo puede decirse. Y no sólo porque los menores abrieron muchas sendas en muchas lenguas sino porque con cada lengua iban construyendo un saber gramatical a partir de moldes grecolatinos y respuestas innovadoras. Esto se percibe al describir las partes de la oración, en especial el nombre sin declinaciones, el verbo, con su propia diátesis y su naturaleza versátil y las partículas, como entidades con vida propia que ayudan a formar la palabra-frase con la que se enuncia un pensamiento. En el molde grecolatino lograron verter lenguas radicalmente diferentes en las que la incorporación y la composición rigen el orden de la construcción o sintaxis. Descubrir este

orden fue el gran mérito de los hermanos menores que abrieron el código gramatical de siete lenguas mesoamericanas.

Dominicos y agustinos: nuevas gramáticas para nuevas lenguas.

Al llegar los dominicos a la Nueva España en 1526, se asentaron en la región central de México donde fundaron conventos y escuelas y aprendieron la lengua mexicana. En ella redactaron doctrinas y libros religiosos y este aprendizaje les fue muy útil cuando decidieron evangelizar los pueblos de Oaxaca. Allí construyeron un enorme convento que fue foco de fundaciones y se dedicaron a aprender zapoteco y mixteco, las dos lenguas generales de la región. El zapoteco fue la lengua de Monte Albán, la ciudad más importante del clásico temprano donde comenzó la escritura en el siglo VI a. C. El mixteco era la lengua de un señorío importante del posclásico donde se escribieron códices de contenido históricos en cuero de venado.

Gracias al trabajo comunitario, en 1578 fray Ioan de Cordoua (1501-1595), lograba dar a la imprenta el primer *Arte en lengva zapoteca* y el primer *Vocabulario en lengva çapoteca*. El *Arte*, sin divisiones en libros, sigue un esquema tradicional, aunque “no lleva el orden de Antonio” (p. 41): el nombre no se declina, el verbo se describe con su naturaleza versátil, las sílabas y partículas tienen papel principal. Ofrece además su autor el modo de contar y la explicación del “Calendario que los yndios tenían en tiempo de su gentilidad”. Poco después, su compañero fray Antonio de los Reyes (m. 1603),

publicaba el *Arte en la lengua mixteca 1593*. Distribuida en 28 capítulos, en ella se describe doctrina gramatical nueva sobre las partículas y el verbo, “ánima que da ser y vida” (cap V) y se habla ya de una incipiente dialectología del mixteco. En definitiva, Córdova y De los Reyes ponen de manifiesto los rasgos propios de estas dos lenguas del tronco otomangue, ambas tonales.

En su expansión hacia el sur, la orden dominica se hizo presente en Chiapas y Guatemala muy pronto. Uno de sus miembros, fray Domingo de Ara (m. 1572), vivió muchos años entre los tzeltales. Hoy día podemos apreciar su talento lingüístico en su magno *Vocabulario en lengua tzeldal según el orden de Copanabastla*, terminado en 1571 aunque publicado en 1986. Va precedido de un *Ars tzeldaica*, en latín, lo cual es una singularidad en el contexto de las gramáticas mesoamericanas. Ara organiza su obra según las partes de la oración y las explica conforme a una secuencia que recuerda el método escolástico: *expositio, nota, regula y exeptio*.

En Guatemala, los dominicos siguieron la senda franciscana trazada por los ya citados Pedro de Betanzos y Francisco de la Parra. En 1545 llegó a Guatemala Domingo de Vico (m. en 1555): aprendió bien la lengua y elaboró su famosa *Teología indorum*, en cakchiquel, quiché y zutuhil y un copioso *Vocabulario en lengua cakchiquel quiché y zutuhil* que permanece inédito en la Biblioteca Nacional de París. Estas obras, junto con las artes ya citadas de Anleo, Morán y Zúñiga constituyeron una infraestructura lexicográfica y gramatical que hizo posible la labor de rescate que los propios indígenas

hicieron de textos como el Popol Vuh y el Rabinal Achí, entre otros muchos de contenido literario e histórico. En realidad, puede decirse que la contribución de los dominicos al saber gramatical en las lenguas de Oaxaca, Chiapas y Guatemala ocupa un lugar destacado en el contexto gramatical y lexicográfico mesoamericano.

Al llegar los agustinos a la Nueva España en 1533, también se asentaron en la región central de México, aprendieron náhuatl y otomí y escribieron en estas lenguas doctrinas y sermonarios. Pronto se establecieron en Tiripitio, Michoacán donde crearon un importante colegio, aprendieron tarasco y planearon nuevas fundaciones en tierra caliente, hoy Guerrero, aprendiendo lenguas minoritarias. Su desempeño en la lengua tarasca fue muy bueno y uno de sus más destacados miembros, Diego de Basalenque (1577-1651), preparó un *Arte de la lengua tarasca* que se publicó en 1714. Aunque inspirado en Gilberti y Lagunas, Basalenque diseñó una obra nueva, en cinco libros, con atención especial al valor de las letras, a la pronunciación, a las partículas y a las “elegancias”. Quizá su conocimiento del matlatzinca, en el que dejó manuscrito *Arte y vocabulario*, le amplió la mente para dotar a su gramática del tarasco de originalidad y penetración. Otra rama de la Orden evangelizó la Huasteca, en el Golfo de México y en 1571 fray Juan de la Cruz llevaba a la imprenta una *Doctrina christiana en huasteco*. La doctrina abrió camino a textos alfabéticos y a la posterior codificación gramatical del bachiller Carlos

de Tapia Zenteno (c. 1690-1769), autor del *Paradigma apologético y noticia de la lengua huasteca*, 1747.

Dato curioso, agustino fue el primer catedrático de náhuatl y otomí de la Universidad de México, al cumplirse la disposición de Felipe II dada en Badajoz en 1580: "...y hemos acordado que en las Universidades de Lima y México haya una cátedra de la lengua general" (Ley XXX, título VI, Libro I de la *Recopilación de las leyes de los Reynos de las Indias*, 1973). El cargo correspondió a Diego de Galdo Guzmán quien publicó un *Arte Mexicano* en 1642. Galdo distribuye su material según el modelo tripartito de Olmos y se inspira mucho en Molina. Mérito de su *Arte* es la claridad y orientación pedagógica. En suma, simplificando, puede afirmarse que los agustinos recogieron una herencia en purépecha y náhuatl y supieron cultivarla y enriquecerla al mismo tiempo que incursionaron en lenguas no estudiadas como el huasteco y el matlatzinca, en las cuales ayudaron a formar una infraestructura filológica para posteriores estudios gramaticales.

La Compañía de Jesús y las lenguas yutonahuas

En 1572 llegaron los jesuitas a la Nueva España, cuando ya las Órdenes Mendicantes habían consolidado su expansión. Esta circunstancia no impidió que la Compañía se consagrara al trabajo de evangelización: pronto contaron con una red de colegios, tanto para hijos de españoles como para hijos de la tierra (Lopetegui y Zubillaga, 1965, v. I, cap. XVI). Al tomar contacto con las

lenguas vernáculas siguieron la actitud que habían manifestado en Europa y el Lejano Oriente: aprenderlas y codificarlas. Por ello, nada más llegar aprendieron mexicano y otomí, las lenguas habladas en el centro del país. Además, contaron muy pronto con un hablante de náhuatl que profesó en la Compañía, el tezcocano Antonio del Rincón (1557-1601). En 1595 Rincón dio a la imprenta su *Arte mexicana*, que pasó a ser el texto para la enseñanza de esta lengua. Aunque tuvo a la mano una tradición gramatical vernácula rica y variada, traza su propio orden: cinco libros, tres para la morfología, uno para la composición y el quinto para pronunciación y acentos. Al leer el *Arte*, se advierte con fuerza la presencia gramatical grecorromana –entre otras cosas inventa cinco declinaciones– al mismo tiempo que se palpa la genialidad del autor que supo hacer un análisis fonológico penetrante y preciso. Sus aportaciones fueron recogidas por su discípulo –no alumno– Horacio Carochi (1579-1662), en su *Arte de la lengua mexicana con la declaración de los adverbios della*, 1645, considerada la más completa de las novohispanas. Ambos crearon una nueva tradición, la de gramatizar en molde clásico, con Nebrija pero también con el jesuita Manuel Álvares, (1526-1582), quien publicó en Lisboa *De institvtione gramatica libri tres*, 1572, que pronto fue el texto en los colegios de la Compañía.

Pero, más allá de estas lenguas generales, la mayor aportación de los jesuitas fue la evangelización del dilatado noroeste novohispano, empresa harto difícil que uno de ellos, Andrés Pérez de Ribas (1575-1655), se encargó de

relatar en su famosa *Historia de los triumphos de nvestra Santa Fee*, Madrid, 1645. Desde muy pronto, la Compañía se expandió a la provincia de Sinaloa, al norte de Jalisco. Desde allí sus miembros penetraron en la Sierra Madre y aprendieron tarahumara, la lengua más hablada de las yutonahuas norteañas. Correspondió a Tomás de Gualaxara (1649-1720), publicar el primer fruto lingüístico: *Arte de la lengua de los tarahvmares y gvazapares*, 1683. Su trabajo sirvió de estímulo a Natal Lombardo (1647-1703) para codificar el ópata, lengua hermana de la tarahumara en su *Arte de la lengva tegüima vulgarmente llamada ópata*, 1702. Ambas gramáticas abrieron las puertas al conocimiento de nuevas lenguas lejanas a las hasta entonces conocidas. En ellas se comenzó a construir un nuevo saber gramatical que se acrecentó con las obras de otros dos misioneros que elaboraron sendas gramáticas de lenguas muy cercanas a la tarahumara. Uno de ellos fue Tomás Basilio (c. 1574-1654), *Arte de la lengua cahita, conforme a las reglas de muchos peritos en ellas*, 1737; el otro, Benito Rinaldini (1695-1764), *Arte de la lengua tepeguana con Vocabulario, Confesionario y Catecismo*, 1743. Cada autor las concibió desde la tradición clásica y cada uno de ellos les dio su impronta innovadora; en todas se refleja la naturaleza y funcionamiento de las partes de la oración, el juego entre morfología y composición y el valor de las partículas. Estas cuatro gramáticas constituyen los primeros registros lingüísticos de las lenguas de la familia sonoreña, rama importante dentro del tronco yutonahua.

Además de estas gramáticas, en las misiones jesuitas se generaron vocabularios y libros religiosos, así como multitud de datos lingüísticos incluidos en crónicas históricas. Puede hablarse de un corpus textual de lenguas yutonahuas en el que se guarda mucha doctrina gramatical de este grupo de lenguas genéticamente emparentadas. Muchos de estos datos, transmitidos por los jesuitas desterrados en Italia, ayudaron a Lorenzo Hervás (1735-1809), a establecer el parentesco de las lenguas americanas, en su magno *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas conocidas*, 1800, primer intento de clasificar las lenguas por parentesco genético buscando la lengua origen o lengua matriz.

Muchas sendas, un camino: hacia el conocimiento del lenguaje.

En estas páginas he tratado de ofrecer una rápida visión de las gramáticas de las lenguas vernáculas mesoamericanas, lenguas que, como Babel inesperada, se interponía entre la palabra evangélica y una multitud de gente a la que había que convertir. Había que abrir la Babel aprendiendo lenguas y para ello, había que descubrir la naturaleza y el orden de cada una de ellas. Para lograr la utopía de la fé, era necesario lograr la utopía de conocer lenguas.

Admito que mis logros, por haber mucha materia, distan de ser satisfactorios. Aun así creo que queda claro cómo cada orden religiosa abre una senda y cómo con las sendas se forma un camino por el que hoy podemos transitar para mirar con la perspectiva de nuestro tiempo. Desde el camino

podemos imaginar a los misioneros construyendo un saber lingüístico nuevo con una herramienta: su humanismo clásico. De él tomaron la capacidad hermenéutica que podemos centrar en dos viejos conceptos del pensamiento griego: la analogía y la anomalía.

La analogía fue el primer paso para conocer la naturaleza de la palabra: escuchar sonidos, aislar los vocablos, segmentar la frase, identificar las partes de la oración. La palabra fue sometida a un análisis fonológico y morfológico según los paradigmas clásicos. Logrado esto, el conocimiento fue moldeado en la manera, orden y metalenguaje grecorromano con pequeñas influencias de la gramática hebrea.

Más difícil en cambio, era descubrir lo nuevo de la lengua, y una vez descubierto, colocarlo en el lugar apropiado. Tal hecho sería un paso más en la construcción del saber lingüístico universal y daría firmeza y definición a las nuevas gramáticas. Para lograrlo, los misioneros contaron con la anomalía: detectar lo diferente mediante la comparación. La anomalía les permitió fijar el funcionamiento de la palabra: el pronombre y el nombre no se declinan sino que funcionan con afijos dentro de una doble clasificación en “primitivos y derivativos” o “absolutos y compuestos”; el verbo tiene su propio artificio basado en la derivación, en la versatilidad y en su papel de núcleo de la palabra-frase. Puede decirse que se desecha el término sintaxis o construcción y en su lugar aparece el de incorporación y composición. Con tales términos se designan dos procesos que definen la articulación de la

frase y que hoy podemos visualizarlos desde la moderna perspectiva de la morfosintaxis. Cada autor descubrió los rasgos propios de la lengua estudiada y elaboró su obra con un juego entre los conceptos clásicos y los nuevos que iba descubriendo. En este juego se puede descubrir la modernidad, la innovación, el arte de construir un saber gramatical propio y el significado que cada lengua aporta al conocimiento del lenguaje humano.